



SELECCIÓN Y EDICIÓN DE
Marta Mearin y Juan Francisco Bascuñán



ILUSTRACIONES POR
Joanna Styrylska-Gałazyn

HISTÓRICAS



HISTÓRICAS

ILUSTRACIONES POR
Joanna Styrylska-Gałązyn

SELECCIÓN Y EDICIÓN DE
Marta Mearin y Juan Francisco Bascuñán

Planeta  Sostenible

Índice

INTRODUCCIÓN	5
ARTEMISIA GENTILESCHI (1593 - 1653)	7
MARIANNE NORTH (1830 - 1890)	11
MARIE CURIE (1867 - 1934)	15
MARIA MONTESSORI (1870 - 1952)	19
GABRIELA MISTRAL (1889 - 1957)	23
FRIDA KAHLO (1907 - 1954)	27
TERESA DE CALCUTA (1910 - 1997)	31
TU YOUYOU (1930)	35
PINA BAUSCH (1940 - 2009)	39
RIGOBERTA MENCHÚ (1959)	43
NADIA ELENA COMÂNECI (1961)	47
BJÖRK (1965)	51
SERENA WILLIAMS (1981)	55
GRETA THUNBERG (2003)	59
COLECTIVO LAS TESIS (2018)	63
RESEÑA DE LAS AUTORAS	67

HISTÓRICAS

Ilustraciones: Joanna Styrylska-Gałażyn

Selección y edición: Marta Mearin y Juan Francisco Bascuñán

© 2021 Autores

© 2021 Joanna Styrylska-Gałażyn

© 2021 Planeta Sostenible EIRL

Diseño y diagramación: Alejandra Figueroa

Corrección de estilo: Paloma González

ISBN: 978-956-6050-56-8



Planeta Sostenible
www.planetasostenible.cl



Introducción

A lo largo de la historia las mujeres han sido borradas para dejar espacio a los hombres en los libros de texto. Cuando asistimos a clase en el colegio o revisamos los principales textos sobre esta disciplina encontramos que todas las hazañas han sido protagonizadas por hombres. ¿Es eso posible? ¿No existían mujeres artistas, científicas, deportistas, académicas? ¡Por supuesto que sí! Más bien lo que ocurrió es que los historiadores (casi siempre hombres) decidieron dejar fuera del relato ciertas cosas. No debemos olvidar que la historia es un constructo humano que vamos moldeando a través del tiempo: qué incluir o excluir o con qué tono contar la historia son elecciones, al fin y al cabo.

Este libro es un recorrido a través de las vidas de mujeres que hicieron historia. No se trata de meras biografías: cada texto se conecta con la mujer homenajeada mezclando datos reales con acontecimientos ficticios. Algunos ocurren en el futuro, otros exploran la dimensión más íntima de la protagonista o la personifican a través de la poesía. Es un caleidoscopio de relatos que pretende visibilizar la importancia de las mujeres en la inmensa cantidad de ámbitos de las que han sido excluidas sistemáticamente: la ciencia, el arte, la tecnología, el deporte, el activismo y la academia, entre otros.

Los textos han sido concebidos a partir de las ilustraciones de Joanna Styrylska-Gałązyn, una artista polaca a quien encargamos la representación gráfica de estos grandes personajes. Después buscamos a escritoras jóvenes para que trabajaran en los textos: la mayoría son chilenas y contamos también con una catalana y una colombiana. La variedad cultural y geográfica, tanto de las creadoras del libro, como de las mujeres tratadas en él, hace de *Históricas* un universo único en el que se concentran luchas feministas capaces de trascender tiempos y espacios.



Artemisia Gentileschi

(1593 – 1653)

Artemisia Gentileschi nació en Roma y desde muy pequeña evidenció sus habilidades artísticas. Su padre, un aclamado pintor caravaggista de la época, la aceptó en su taller, donde se formó hasta su mayoría de edad y pintó su primer cuadro: *Susana y los viejos*. Como no pudo cursar estudios superiores de arte por ser mujer, su padre la mandó a tomar clases particulares con Augusto Tassi, un pintor y colega suyo, que la violó. Artemisia lo denunció y pasó por un juicio humillante que acabó con una pena mínima para el violador. La pintura de la artista cambió desde entonces: se volvió más oscura y violenta –incluso centrada en fantasías de venganza–, pero a la vez fuerte y valiente mediante la representación de personajes femeninos empoderándose de sus voces y cuerpos. Su fama creció y pudo vivir de su arte, para convertirse en la primera mujer en hacerse miembro de la Academia de Arte del Diseño de Florencia.

LIENZO EN BLANCO

Marta Mearin

Somos duras, las mujeres. Firmes como rocas soportando el oleaje. Nadie nos enseñó a ser así, es algo que compartimos por pura sobrevivencia. Desde niñas aprendemos a acatar, a aguantar lo que venga, y las consecuencias de negarse a eso no nos hacen, para nada, la vida más fácil. Tenemos que ser duras, entonces, fuertes para aguantar estos golpes que no paran.

Cuando pinto a una mujer siento que nos conectamos a través de esa resiliencia. Trazo los ojos con los que ellas ven, les doy un cuerpo por el que temer y con el que vengarse. Desde que soñé con la mueca de asco en la cara de Susana me sentí llamada a dibujarla. La torcedura de los labios, la arruga en el centro de la frente, toda ella en una contorsión imposible. Muestra los dientes en esa imagen, el deseo de morder a sus agresores hasta el desgarrar. ¿Es tan difícil vernos? Estamos al otro lado de la carne y el mito. Denunciamos injusticias y nos tomamos por nuestra mano las normas si lo creemos necesario. Según cuenta la historia, Susana estuvo a punto de morir apedreada por denunciar a los viejos que la chantajearon para que tuviera sexo con ellos. Sabía bien a lo que se arriesgaba.

Todo vale la pena en esas circunstancias, cuando la rabia está encendida y hay un avispero en la boca del estómago. Así me sentí mucho tiempo después de lo que pasó con Agostino. Rota, desdoblada, como si hubieran matado a golpes una parte de mí. Parece imposible que hayan pasado tantos años. Entonces soñaba con cuadros en los que mujeres que habían sido violentadas se vengaban de sus agresores. Al principio estaban pintadas entre sombras y yo las veía deslizarse hacia la luz, pidiéndome a gritos que las dejara elegir sus caminos. Y cuando ellas agarraban cuchillos y planeaban asesinatos, yo les daba con el pincel la expresión del placer.

Tantas noches deseé la muerte de Agostino... Cortarle la cabeza y disfrutar la explosión de sangre. Le había hecho a muchas otras lo mismo que a mí, e imaginar a todas esas chicas como víctimas me paralizaba de rabia. Yo no me sentía una víctima, eso me sonaba a indefensión y pena, a vivir constantemente en el dolor. No era así como veía a esas mujeres ni como quería pensar en mí misma. Después de todo lo que me habían hecho pasar en ese juicio, de las cuerdas apretándome los dedos y las manos palpándome por dentro, comprobando lo que ya todos sabíamos, después de aquello me negué a creerme débil.

Artemisia Gentileschi

Dejé Roma –con el pecho rugiendo todavía– de la mano de ese insípido de Pietro, que me llevó a su Florencia natal. Despedí a mi padre prometiéndole que el cambio de aires me haría bien y que pintaría todas las horas que tuviera. Detesté la ciudad desde el primer momento, pero debo admitir que nunca han apreciado mi arte tanto como allí. Aunque recuerdo con emoción el momento en que me invitaron a formar parte de la Academia de Arte, relaciono más Florencia con mi matrimonio fallido y la muerte de nuestros tres hijos. Nada me había preparado para lidiar con tanto sufrimiento. Cuando no pensaba que me iba a morir de pena me planteaba con quién dejaría a mi hija si me decidiera a matarme yo misma.

Me ayudó pintar mujeres, sin embargo. Llegaba a conocerlas a fondo, a conversar con ellas en mi estudio aunque hubieran vivido en otras épocas e incluso otras historias. Tras días o semanas de discusión ellas posaban para mí haciéndose conscientes de su poder. Lucrecia me miraba con la tensión palpitando en los ojos y me contaba cómo tomó la decisión de enterrarse un cuchillo en el pecho: no fue por Roma, era la única manera de pertenecerse a sí misma. Betsabé me confesó que siempre se había sentido un objeto, un mero punto de fuga. No tuvo elección cuando David mandó a buscarla: la llevaron a sus aposentos y fue el nombre de ella el que quedó manchado. Cleopatra se me apareció muerta. Lloró durante horas sobre la mesa de mi taller, tendida a lo largo. No pudo pronunciar una sola palabra. Yo le hice cosquillas en la nariz con un pincel y le dije que me parecía muy valiente dejar fluir el llanto.

Somos fuertes, las mujeres. Quizás por obligación. Cargamos un peso que no elegimos ni aceptamos, pero lo hacemos juntas. Yo pinto a otras con sus pesos, sus verdades entrelazadas con las mías, y eso me hace sentir un poco más libre. Es lo que quiero para todas, algo que deseo mucho más que la fuerza: que nos sintamos nuestras. Que tengamos la oportunidad de abalanzarnos sobre el lienzo en blanco para pintar nuestras propias vidas.

